Lo potencial, lo posible, lo imposible: categorías y coordenadas del campo clínico^{1, 2}

Piera Aulagnier

Si a partir de un cierto punto del recorrido del Yo, consideramos sus realizaciones, sus fracasos, sus ganancias, sus pérdidas, sus creaciones, sus destrucciones, dos constataciones se imponen:

1) las previsiones que ese mismo Yo o el Yo de otros habían podido hacer acerca de su destino, previsiones positivas o negativas, poco importa, se revelan siempre de lo más aleatorias;

2) ese destino depende de dos conjuntos de factores:

a) un conjunto de factores internos: su acción decidirá acerca de la organización, de la forma de funcionamiento que ha podido alcanzar el Yo en ese recorrido que va desde su aparición hasta ese tiempo que pone fin a una primera fase de la infancia. Fase marcada por la necesaria dependencia del Yo respecto del Yo parental, prótesis indispensable para que el Yo infantil pueda hacer sus primeros pasos, formular sus primeras palabras, invertir sus primeros jalones identificatorios, reconocer la exterioridad de los soportes de sus investiduras, adquirir la intuición de un movimiento temporal que exige la investidura de un *después* del momento presente.

¹ Publicado en *Topique Revue Freudienne*, N°62, Año 1997.

² Este seminario del 12 de febrero de 1983 es, hasta donde sabemos, inédito. Piera Aulagnier había retomado algunos elementos en su libro *L'apprenti-historien et le maître sorcier* [El aprendiz-historiador y el maestro-brujo], publicado un año más tarde. Ese texto, inicialmente destinado a ser leído, desarrolla una noción central de su obra, la de potencialidad. Hemos tenido que restablecer algunos pasajes manuscritos.

b) Un conjunto de factores externos³, no previsibles, que el Yo encontrará desde el primero hasta el último día de su existencia y que reúne las pruebas, las ofertas, los rechazos, los encuentros buenos o malos que el entorno exterior (los otros, la sociedad, pero también su propio cuerpo) propondrá –impondrá– a ese mismo Yo.

El primer conjunto decide sobre el abanico de respuestas que el Yo dispone a partir de su enfrentamiento o de su alianza con los factores de ese segundo conjunto. Decide acerca de sus “posibles” y, por ende, del abanico de respuestas potenciales (aquí el término de potencialidad designa el conjunto de las defensas que el Yo puede movilizar, su “umbral de tolerancia” a las excitaciones, ya sea su fuente el mundo exterior, el Yo de los otros o su propio Ello).

El segundo decide sobre las respuestas que se actualizarán. Toda actualización comprenderá una modificación, tanto del Yo como de la realidad, o más exactamente del entorno que es fuente de la excitación. Es a partir de esta nueva relación “Yo-no Yo” que se movilizará la respuesta que provocará un encuentro futuro.

Si retomamos el concepto de potencialidad, vemos también que éste engloba la totalidad de las respuestas que el Yo puede movilizar frente a cualquier experiencia psíquica que ponga en peligro su funcionamiento, y por ende su existencia. El término “potencialidad” abarca, al mismo tiempo, respuestas que dan cuenta del poder de invención, de creación del Yo, aquellas que le permiten evitar recurrir a “defensas sintomáticas” (ya volveré sobre este término), y aquellas que sí apelan a dichas defensas sintomáticas: lo cual quiere decir que la potencialidad en el registro del Yo abarca los “posibles” en el campo de su psicopatología.

Si tomamos como punto de referencia –lo cual es necesario– para una evaluación del funcionamiento del Yo, de sus poderes latentes o manifiestos, de sus obstáculos y sus límites, la forma en que un Yo consigue o no pactar con la realidad con la que se topa, con las inevitables adversidades y con el también inevitable quantum de placer que debe encontrar, podemos postular:

1) que se trata siempre de un pacto, de un compromiso cuyas

³ En efecto, veremos que el rol más importante es generalmente, pero no siempre, sostenido por un Yo que deviene sucesivamente soporte de investidura sexual y/o narcisista.

cláusulas son necesariamente singulares, ya que dependen de la singularidad de las circunstancias y de la singularidad que especifica al Yo que las encuentra.

2) La teoría analítica nos ofrece criterios –no son los únicos, pero son los nuestros– para: definir no ya los posibles en ese registro –ocurre en la historia del sujeto como en la historia de una cultura, es decir que no se puede prever cuáles podrán ser los posibles futuros– sino definir *lo imposible* (un ejemplo entre tantos: el Yo no puede preservarse si no preserva un cierto número de soportes de investiduras).

Entre los posibles para una cultura y un tiempo dados, la teoría nos permite diferenciar dos categorías:

– una categoría que reagrupa el conjunto de los sujetos cuyo comportamiento manifiesto puede agrandar, desagradar, suscitar la admiración o la crítica, parecer extraño o excepcional, pero que nada permite calificar de psicopatológico. Las cláusulas del pacto correspondiente, si las conociéramos (esos sujetos no forman parte por lo general de nuestros analizados) nos develarían la singularidad de las experiencias, como por ejemplo las que siguen el modelo de las defensas a las cuales ese Yo ha recurrido, pero esas defensas forman parte del mismo conjunto al cual nuestro Yo, todo Yo, recurre.

– una segunda categoría, que comprende a los sujetos cuyo comportamiento manifiesto nos enfrenta a un “posible” que el observador declara, con o sin razón, excluido de *sus* posibles. Las cláusulas del pacto, tal como se develan en un eventual análisis, nos confrontan en ese caso con la actualización de un posible que forma parte de la “potencialidad” psicopatológica. Respecto del campo de la psicopatología, nuestra teoría pretende, con razón según pienso, abarcar *la totalidad de los posibles*. Es necesario decir que, por más extenso que sea el campo de observación, por más antiguos que sean los escritos que de él tratan, esta pretensión nos parece justificada. Quizás es el efecto de una deformación debida a los anteojos que nos calzamos, pero como no tenemos otros, no podemos más que confiar en ellos. En otros términos, en el registro de la psicopatología no hay creación por parte del Yo, no hay posibilidad de invención (evidentemente las explicaciones causales, por el contrario, cambian según las culturas, el punto en el que se encuentra el conocimiento, los postulados teóricos que se privilegian).

Constatación que amerita una reflexión y permite sostener:

– está en poder del Yo, de su trabajo de investigación, de conocimiento, de previsión, el *inventar* posibles;

– no está en su poder inventar nuevas defensas, nuevos escudos contra sucesos cuya propiedad es poner en peligro un cierto nivel de su funcionamiento, ciertas condiciones cuya preservación le es necesaria. Entre el campo de la patología somática y el campo de la psicopatología, un carácter diferencial se impone: en el segundo no hay surgimiento de un nuevo virus (a lo sumo podría hablarse de un fenómeno que se le asemeja en el efecto de contaminación, consecuencia de una aculturación impuesta).

Esos “posibles” van a manifestarse y diferenciarse mediante la acción de la defensa “elegida” en el encuentro entre el Yo y el suceso que ha vuelto necesario el recurso a esta defensa.

SIGNOS Y SINTOMAS EN EL REGISTRO CLINICO

Sea cual fuere la diversidad de la sintomatología o de los signos presentes en los cuadros clínicos, las causas a las cuales el sujeto imputa su sufrimiento, sus fracasos, sus inhibiciones, sus obsesiones o su delirio, siempre encontraremos en el punto de partida, más o menos lejano, un conflicto identificatorio, es decir un conflicto entre el agente representante y su representado. Ese conflicto opone las representaciones que el Yo se forja de sí mismo, de su relación con el Yo de los otros, de su relación con su cuerpo y con la realidad, a su representado (él mismo, el otro, el cuerpo, la realidad), cada vez que se revela disconforme con su supuesto referente. El representante se encuentra, a partir de ahí, enfrentado con el riesgo, imposible de asumir, de hallarse desposeído de un representado, que es siempre, al mismo tiempo, una autopresentación de sí mismo, su atributo de existente, la condición para que se preserve la investidura de la actividad misma de la representación (hay que subrayar que la relación entre representante y representado, o entre identificante e identificado, puede compararse con la relación presente entre el que mira y el que es mirado. No podemos pensar una mirada, una actividad visual, sin pensar y sin postular la existencia de algo visible).

Sea cual fuere la problemática psíquica del Yo, la organización económica que haya podido alcanzar, ésta está siempre

marcada por la solución que le ha dado a un conflicto identificatorio que ningún Yo ha podido eludir, que permanece siempre presente en estado potencial y que ciertos sucesos podrán transformar en conflicto abierto. El conflicto pulsión de vida-pulsión de muerte, principio de placer-principio de realidad, metas pulsionales-exigencias sociales repercuten en el registro del Yo, a través de dos metas siempre presentes en el objetivo que atrae como un imán y subtiende el trabajo de identificar, el trabajo del identificante:

- conducir a la representación de un identificado, fuente de placer;
- conducir a una representación conforme al “existente”, al referente al cual representa.

El concepto de imbricación pulsional tiene su correlato en el registro de la identificación: el representado será siempre el resultado de un mestizaje entre la información afectiva que remite lo encontrado (incluyendo, y por sobre todo, a su propio identificado) y aquello que el representante deseaba encontrar.

En una primera fase del funcionamiento del Yo, ese conflicto existe, pero cada vez es resuelto en provecho o en detrimento del representante, de su placer o su sufrimiento; cada vez es resuelto, entonces, *en la actualidad misma* del encuentro. Me explico: escuchemos al niño pequeño que afirma: “Soy bueno, lindo, fuerte” (conjunto de definiciones que son para él sinónimos de un “soy querido”; o que afirma: “Ella es (la madre) buena, linda” (sinónimo de un “ella me ama”), y que es enfrentado a un enunciado materno que dice: “Sos malo, feo, caprichoso” (sinónimo de un “ya no sos el amado”), o a una información que lo lleva a afirmar: “ella es mala, fea” (equivalente a “ella no me quiere”), el niño, entonces, frente a la antinomia de esos dos enunciados, tiene tres y sólo tres respuestas:

- puede excluir la información contradictoria y, para retomar un término que Freud emplea a propósito de la castración, no creer en la “amenaza” que ha escuchado pero que considera sin fundamento;
- puede creerla, pero a partir de ahí se desencadenará un comportamiento (de llanto, de reparación, de demanda) que va a desembocar en un cambio del enunciado, en una respuesta de la madre que confirma lo primero;
- cree en la amenaza pero la modificación de la respuesta

materna se hace esperar. La solución será una reacción depresiva, es decir que el identificante acepta a este identificado y pone en marcha un trabajo de duelo de la imagen perdida, trabajo que generalmente encuentra, o debería encontrar, su solución en la respuesta que el sufrimiento psíquico del niño suscita en la madre: consolarlo, ofrecerle un nuevo enunciado que lo ubique nuevamente en el lugar del amado.

A partir de cierto momento, por un conjunto de razones cuyo análisis sigue a continuación, el representante no puede ya, aunque quisiera, creer en la unicidad de *un* identificado. Encuentra identificados de él, de los otros, de la realidad, diferentes, cambiantes. Realiza la alteración, el cambio, el vasallaje respecto del identificado, función tanto del tiempo como del sometimiento, de la diferencia del deseo de los otros. El identificado que le devuelve la mirada del padre, de la madre, de un hermano mayor, de un hermano menor, de un amiguito, de un abuelo, lo obliga a reconocer que ninguna mirada puede volverse únicamente espejo, y que el conjunto de las miradas de esos otros investidos por él se presenta como las piezas de un rompecabezas, piezas que sólo él puede ensamblar, que le es necesario ensamblar, porque cada una de ellas forma parte de los materiales necesarios para esta construcción. Para que la culminación del rompecabezas ofrezca a la mirada del constructor un cuadro comprensible, sensato, que pueda ser investido por el que mira, el Yo está en la obligación de apoyarse sobre un primer grupo de piezas ya encastradas las unas en las otras, primer ensamblaje que precede y decide la elección de las piezas que vendrán a ajustarse. Contrariamente a lo que ocurre con los rompecabezas de ingenio, no hay en este caso ninguna caja de la cual se pueda extraer desde el principio la totalidad de las piezas necesarias. La construcción es compuesta: el centro está formado por una primera construcción estable, obra del Yo identificante. A ella se agrega necesariamente un conjunto de piezas adicionales, conformes a lo identificado, que remite al identificante al Yo de otros. Ese segundo conjunto, según los momentos, la singularidad de los Yo que el Yo infantil encuentra e inviste, se adaptará más o menos bien a la parte central. Agreguemos que lo que es cierto para el trabajo identificante del Yo, sobre y por el Yo, lo es tanto más cuando ese trabajo toma como objeto por conocer, por nombrar, por volver pensable, por investir, al otro, al cuerpo, a la realidad.

A partir de cierto momento, los representados por medio de los cuales el Yo representante se representa a sí mismo, al otro, a la realidad, son siempre el resultado de un conjunto de identificados que provienen de fuentes diferentes:

– la parte central es el resultado de una puesta en orden y en sentido de esta serie de identificados forjados por el Yo en una fase temprana de su funcionamiento.

– Se agregan esas piezas propuestas-impuestas por esos otros Yo que no reconocerán, más que al precio de esta intrusión y de este agregado, la existencia de un primer ensamblaje, la singularidad y la autonomía de las piezas que lo componen.

El conflicto potencial, o la potencialidad conflictual en el registro de la identificación, encuentra su razón en ese aspecto compuesto del Yo, en esa autorrepresentación que deberá pactar entre lo que el Yo piensa que es, lo que quisiera ser y lo que cree ser para los otros. Continuando con esta metáfora, podemos agregar que para que un rompecabezas tenga una cierta solidez, es necesario un buen ajuste de las superficies de encastramiento de las piezas.

Sea cual fuere la historia del constructor, historia que decide acerca del primer ensamblaje, y cualquiera que sea el contorno de las piezas que deberá demandar a los otros, siempre encontraremos en la construcción líneas de fragilidad, o incluso la potencialidad de una fisura. Esta fisura puede situarse en el interior del ensamblaje central: tendremos que enfrentarnos con una potencialidad psicótica que se define, como he mostrado, por un conflicto entre identificante e identificado. Puede situarse entre este primer ensamblaje y las piezas agregadas que dan cuenta de aquello que ha devenido y, sobre todo, de aquello que deviene indefinidamente el Yo.

Ahí nos confrontaremos con la potencialidad neurótica, o incluso con un conflicto entre el Yo y sus ideales. Pero un tercer riesgo es posible: las piezas del rompecabezas encajan aparentemente bien, pero el constructor no reconoce, en el cuadro resultante, el modelo dibujado sobre la tapa y que el rompecabezas debía supuestamente reproducir. Encontramos ahí esa tercera potencialidad que en el último seminario yo había calificado de potencialidad perversa, término que no me satisface y que propongo substituir, a la espera de encontrar uno mejor, por el de “*potencialidad persecutoria*”. El pasaje al estado manifiesto de

esa potencialidad dará lugar a esas manifestaciones sintomáticas que son la perversión, ciertas formas de somatización, la toxicomanía, aquello que Joyce McDougall ha definido como relación adictiva, lo que yo he analizado con el término de relación pasional.

Conjunto de manifestaciones cuyo denominador común se encuentra en este hecho: la relación de esos sujetos con la realidad (del cuerpo, de la necesidad, de los otros, del campo social) desemboca en una modificación de esta última que la vuelve *objetivamente* conforme a y responsable de las causas del sufrimiento que padece el Yo, modificación (y no reconstrucción delirante) que justifica a los ojos del Yo su rechazo a plegarse a sus exigencias, el calificativo de abusivo o de tramposo que adjunta a todo poder, la necesidad de probarse a sí mismo y a los otros lo bien fundado de su causalidad y de las causas de las que se vuelve defensor, de su justicia y de sus exigencias.

Aquí, la relación presente entre el primer ensamblaje y el resto del rompecabezas es tal que cualquier cambio, aunque más no sea de una sola pieza, es inaceptable, ya que implicaría la pérdida de una de las piezas del primer ensamblaje. Pero como esos cambios son inevitables, no le queda al constructor más que decretar la equivalencia entre las piezas, aparentemente diferentes, pero que, en realidad, serían los efectos de una única y misma causa y, por eso mismo, intercambiables. La diferencia entre las piezas es una ilusión, un engaño, un error de la visión. El modelo (la realidad del cuerpo, de la sexualidad, de la organización social) es el único responsable de esta distorsión, esconde a la mirada de los otros aquello a lo cual debe llegar *en verdad* la construcción, la conclusión del ensamblaje de las piezas: el modelo es voluntariamente engañoso.

Una última observación con respecto a la potencialidad: hablar de ella es postular que el psiquismo sigue siendo capaz de sellar lo que he denominado “un pacto de no agresión causal recíproco”, entre su primer ensamblaje y sus efectos sobre la totalidad del rompecabezas, y los rompecabezas identificatorios a los cuales se refiere y según los cuales se constituye el Yo de los otros. Este compromiso o pacto nos plantea pocos problemas para la potencialidad neurótica, porque el primer ensamblaje respeta la misma organización en cualquier sujeto. Pocos problemas he dicho; efectivamente, si admitimos que esta potencialidad neuró-

tica es universal, el porcentaje de las neurosis sintomáticas o de las formas clínicas de la neurosis es, en efecto, relativamente bajo. No ocurre lo mismo en el caso de las otras dos potencialidades, que no podrán permanecer tales más que si las experiencias, las pruebas, los accidentes que encuentran esos sujetos no desembocan en el rechazo, por parte de los otros, de continuar respetando el pacto de no agresión.

Luego de este prólogo acerca de la potencialidad, voy a intentar mostrar lo que culmina, y al mismo tiempo se inicia, en este punto del recorrido identificatorio que denominaré T2.

EL TIEMPO DE LA DEMANDA

A partir de un simple y sin duda simplista esquema temporal⁴, me gustaría examinar lo que está en juego en esos diferentes tiempos.

1) En el registro de la representación ideatoria, es decir del proceso identificatorio en sentido estricto;

2) en una perspectiva que, nuevamente, privilegiará la construcción histórica y la causalidad;

3) en una perspectiva que privilegiará la relación de la representación ideatoria con la representación pictográfica y fantasmática.

Consideremos el tiempo T0 T1. Este tiempo anterior al Yo es un tiempo necesario para una gestación que no concierne al

⁴ Para este esquema, cf. *L'apprenti-historien et le maître sorcier*, P.U.F., 1984, p. 200. (Nota agregada por S. de Mijolla-Mellor).

infans, sino más estrictamente a la instancia denominada Yo. *Tiempo ocupado por el Yo anticipado por el portavoz*, por esos enunciados mediante los cuales la madre proyecta sobre el *infans* un Yo que es *su propio identificado*, el objeto de la demanda materna. Recordemos el status particular de esos objetos que circulan en una relación que, del lado de la madre, es desde el principio una relación de demanda, mientras que no puede serlo del lado del *infans*, a falta de la existencia de un Yo y por lo tanto de un demandante. Los “objetos” (el pecho nutricional, la presencia, la voz, las caricias maternas como fuente de placer) son investidos por el *infans* porque satisfacen al mismo tiempo una necesidad somática y una necesidad libidinal erógeno-narcisista. Objetivamente no responden a una demanda, sino que prolongan un estado de satisfacción silenciosa o vienen a responder a un grito, manifestación de un sentimiento de abandono y de una exigencia que ignoran que sólo un objeto exterior puede ponerles fin. El *infans* plantea, en el registro de la necesidad, lo que la madre sitúa en el registro de la demanda. Para esta última, en efecto, todos sus aportes responden a un “él quiere a su mamá, tiene miedo, tiene hambre, sufre...” El objeto del ofrecimiento materno sitúa al *infans* en el lugar de un demandante que de hecho no ocupa. Les recuerdo lo que he escrito acerca de esta violencia primaria y necesaria, que puede por sí sola preparar la superación de una fase durante la cual el objeto, conforme a la necesidad somática, sólo puede satisfacer la necesidad psíquico-libidinal del *infans* si, desde el principio, viene a responder a una *demand*a de la madre (demanda de dar amor, demanda de recibir los signos de una buena recepción). La patología psíquica del *infans* encuentra sus razones en esta heterogeneidad de los registros: ya sea que la madre excluya al *infans* como demandante anticipado y no reconozca otra función más que la de satisfacer necesidades, ya sea que razones internas, somáticas u otras, vengán a negativizar la experiencia erógena que debería haber acompañado a la satisfacción de la necesidad. La clínica muestra que en ciertas condiciones, el Yo podrá, en un tiempo decididamente posterior a esta fase, operar él mismo esta permutación de los registros.

Volvamos al psiquismo del *infans*. La relación madre-hijo es una relación de demanda para la madre, mas no para el *infans*. Es por eso que no podemos hablar de relación en el sentido de un vínculo entre el *infans* y un afuera del *infans*. La representación

pictográfica (en ese corto tiempo que precede la entrada en escena de los primeros elementos del proceso secundario) plantea al objeto como autoengendrado, autocreado, es la condición misma para que un representante, un fantaseante, se reconozcan como existentes, como vivenciantes. La última vez propuse que lo propio del objeto de la demanda es reenviar al Yo un mensaje que lo identifique como demandante. Por el contrario, el pictograma y la fantasía son indisociables del agente que los ha puesto en escena. No hay aquí ningún reenvío, sino inmediatez, mismidad de un estado psíquico que se presenta como reflejo y efecto del representante. La única fantasía de la que podríamos decir que precede a la amalgama primaria-secundaria es la fantasía de fusión, que muestra bien la indisociabilidad de los elementos que la componen. Si volvemos a la relación de demanda de la madre frente al *infans*, diremos que el objeto de esta demanda es esencialmente el Yo ausente, o incluso que la madre comienza por demandar el surgimiento de un destinatario.

No sólo el ofrecimiento del pecho precede el momento en que el Yo lo demandará, sino que una primera relación de demanda da origen a aquel al que ella se dirige: el Yo es en un primer momento el objeto de la demanda de la madre; en un segundo tiempo serán las respuestas, los ofrecimientos o los rechazos de ese Yo los que se convertirán en sus objetos. Podemos hacer otra observación con respecto a ese tiempo que precede al Yo: la representación pictográfica y la representación fantaseada toman prestados sus materiales de la imagen de las cosas corporales. Su representado es una amalgama entre lo experimentado afectivamente (el estado de placer o de sufrimiento, consecuencia de la presencia o de la ausencia del placer erógeno) y una representación de esa experiencia mediante un acto psíquico que lo metaboliza como una "cosa" autoengendada, en una "cosa" con la que se alucina, incluyendo la presencia y la ausencia del placer erógeno. Es éste un punto de gran importancia y sobre el cual volveré, conformándome aquí con adelantar que por alucinación de la ausencia entiendo la representación que lo originario y lo primario se dan de la causa de un estado de sufrimiento. Cualquiera que sea el estado afectivo experimentado, el objeto (en el sentido general del término, ya se trate del pecho, de algo oído, visto, percibido por el tacto...) en la representación originaria y primaria, objeto ofrecido *por el exterior*, se presenta como una

parte, una parte de su propia psiquis. Pero porque el objeto del ofrecimiento materno (aquí el término materno representa todo lo que se encuentra por fuera de la psiquis) se dirige a un Yo inexistente, podemos deducir que, intrincada con el objeto, la madre aporta desde el principio “moléculas” cuya suma, cuya organización constituirán el Yo. Esas moléculas, extraña paradoja química, en un primer momento son metabolizadas en moléculas conforme a la estructura de lo originario y lo primario. Lo cual significa que desde el principio, células embrionarias del Yo forman parte del pictograma y de la fantasía. Ellas se encuentran en el origen de la representación pictográfica y fantasmática que lo originario y lo primario se harán del Yo del otro, cuya exterioridad ignoran, como ignoran la de una realidad responsable sin embargo de su experiencia y de los resultados de su trabajo de metabolización. Si proseguimos con esta metáfora biológica, podemos decir que a partir de un cierto nivel de invasión de esas células extrañas habrá una reacción de rechazo, diferenciación y separación de los “conjuntos celulares”, y llegaremos al tiempo T1.

T1 O EL ADVENIMIENTO DEL YO

Ese Yo nace de una doble acción:

- una exclusión por parte del Ello, una reacción de rechazo del cuerpo extraño;
- el encuentro con otro “cuerpo” al cual se une, que le asegura la ayuda necesaria para un funcionamiento que no es aún autónomo: ese cuerpo no es otro que el discurso identificante que ha mantenido, y *mantiene*, el Yo del portavoz, portavoz que encuentra en ese primer identificado a su “esperado”, o incluso un “cuerpo psíquico” conforme a su propia organización, y, si todo va bien, a su deseo.

En una muy temprana fase de su funcionamiento, el Yo infantil no puede más que retomar una parte de los enunciados identificantes aportados por el Yo materno: no hay elección en ello, por dos razones:

- no puede inventar, crear, enunciados identificantes, no más

de lo que es capaz de inventar el lenguaje.

– no tiene aún la posibilidad de elegir entre un abanico de identificados.

El proceso identificatorio como trabajo del Yo es *precedido* por la investidura del Yo materno en tanto que primer identificante. En otros términos, la investidura de un *en otra parte*, de un *ya ahí*, de un *ya identificado* puede por sí sola dotar la investidura (infante-niño) de su función y de su poder de identificación.

“Yo soy la investidura de ese identificado que me ofrece, me impone, me devela el Yo materno.” En el tiempo que seguirá a ese primer movimiento y a ese primer momento, el Yo oirá, descubrirá, como dije en el prólogo, identificados múltiples y siempre cambiantes. Su investidura, su apropiación, se revelará, según los casos, posible o imposible, fuente de placer o de sufrimiento, será acompañada de un plus narcisista o de una herida narcisista. Sea lo que fuere, el Yo identificante descubre la posibilidad y la necesidad de elegir; elección, claro está, que encuentra sus propios límites desde el principio. A partir de ese momento, el Yo accede a una parte de autonomía en el proceso identificatorio. El identificante investirá, entre los identificados a su disposición, aquellos que le parezcan fuente, promesa, anuncio de un placer en el registro narcisista, en el registro erógeno y, evidentemente, los que parezcan poder asegurarle que estarán igualmente investidos por el Yo del cual espera y exige amor. Reflexionemos acerca del juego del niño: hasta los dos, tres o cuatro años, podrá jugar a ser un aviador, un rey, un robot todopoderoso, en nuestros tiempos al menos, un brujo malvado o un hada buena, pero no lo veremos jugar a ser zoólogo, etnólogo o miembro de la Academia Francesa. En el juego, la elección de roles es una función de la valorización que ha creído percibir en el discurso de los otros, en la significación que atribuye, con razón o sin ella, al rol que ha elegido.

De la traducción de esta significación a su lenguaje (su concepción de lo que aportaría el poder, la riqueza, la fuerza) y también de la proximidad de esta significación secundaria con una significación primaria: jugar a ser un ogro que se come a los niños pequeños, un extraterrestre que puede destruir toda la Tierra, un mago que tiene una varita que transforma todo producto en oro... es “identificarse” con un rol que satisface objetivos pulsionales orales, anales y/o que intenta controlar la vivencia pulsional de esas fases.

Dejemos el juego por el Yo*, para ver lo que ocurre entre T1 y T2 (el guión debería por lo demás ser reemplazado por una serie de puntos continuos sin espacio entre ellos). A partir de T1, el Yo toma a su cargo un movimiento identificatorio, una secuencia de “yo soy eso”, “yo quiero eso”, “me gusta eso”, enunciados que cambian pero que se conjugan sólo en *presente*. Y es durante ese tiempo que va a adquirir toda su importancia el movimiento de los objetos de demanda por dos razones conjuntas:

– por el lado de la madre y de las demandas que la madre le dirige, el niño constata que ciertos objetos (ver el pecho, mostrar el sexo, tocar su cuerpo) le serán súbitamente negados, declarados prohibidos, vedados, acompañados de un riesgo de castigo. Otros objetos hasta ahí no demandados (obedecer, aprender, ser limpio, caminar...) surgirán, serán valorizados, esperados, demandados.

El Yo del niño, podemos decir,

– toma conocimiento de la diversidad de los objetos-metas señalados por las demandas parentales (y por la demanda de los otros en general);

– experimenta el enigma que hace que lo que hasta el momento era placer permitido se convierta en placer prohibido, lo que hasta entonces era fuente de placer se vuelva fuente de sufrimiento, lo que era objeto indiferente devenga en soporte de una nueva investidura, objeto de su propia demanda, e inversamente.

Si ahora nos ubicamos en el registro de las coordenadas identificatorias:

– el Yo descubre la posibilidad de una diferencia entre el lugar que cree ocupar y aquel que los otros le asignan;

– descubre que el “yo soy eso” puede encontrar un “tú no eres eso” o un “debes ser eso”. En otros términos, descubre su dependencia del reconocimiento por parte del otro de su propio identificado, la inevitable dimensión conflictual, ya se trate de un conflicto potencial o de uno abierto entre lo que cree ser y lo que los otros quisieran o decidieran que él fuese o llegase a ser. Conflicto que no puede y no debe ser constante y que se resuelve, a cada momento, como hemos visto, mediante una suerte de compromiso entre los dos Yoes, o mediante la aceptación de uno

* En el original se lee “laissons le jeu pour le Je”, juego de palabras basado en la similitud fonética de los dos vocablos [N. de la T].

de ellos del enunciado investido por el otro. Conflicto que, hay que subrayar, no solamente no es evitable sino que es *necesario* al Yo del niño para que pueda tomar conocimiento y apropiarse de algo de autonomía, para que la dimensión de lo “propio”, de un “secreto”, de una “lucha por ser” se abra un camino. Pero mientras se permanece en esta primera fase de la vida del Yo, ese movimiento, ese conflicto, esas soluciones desembocan en una secuencia de “identificados” *no idénticos entre ellos, sino para los cuales el futuro, excepto el futuro inmediato, no puede ser pensado más que como la prolongación de un “yo soy” fuente de placer, o de un “yo seré” proyectado en un futuro bastante próximo como para confundirse con el presente*⁵, un “yo seré”, entonces, que evitará todo conflicto. Eso es lo que me llevaba a decir que entre T0 y T1 la identificación se conjuga siempre en presente. Pasemos entonces a T2.

Ese momento implica para el Yo tomar a su cargo una anticipación de sí mismo, la investidura de un Yo futuro diferente del Yo actual, lo que he definido con el término de autoanticipación, o incluso de proyecto identificador, calificativo al cual se le puede agregar el de autodemanda, es decir el momento en que el Yo va a pedir a su propio devenir que le ofrezca el objeto de sus demandas identificatorias (podríamos recordar aquí la analogía presente entre un principio de placer diferido, un principio de devenir diferido y lo que yo había denominado principio del objeto diferido).

A partir de ese momento, la identificación del Yo sigue el cuadro mostrado más arriba. Como se ve, ella implica esa apuesta necesaria que es la investidura de un Yo futuro, de un tiempo futuro, mientras que nada ni nadie pueden garantizarle al Yo que vivirá ese futuro (los remito aquí a lo que he escrito sobre el proyecto identificador, acerca de esa x, esa falta siempre diferida y que debe necesariamente estar siempre presente).

Si consideramos el Yo a partir de ese momento, vemos la presencia de dos componentes: un T2 que se anticipa en f¹⁶, que supuestamente debe definir aquello que devendrá el Yo. Pero cada vez que ese Yo anticipado deviene Yo y tiempo presente, seremos confrontados con la reproducción de la misma amalga-

⁵ De ahí la intolerancia del niño pequeño a la espera.

⁶ Cf. cuadro ya citado.

ma y la reproyección, la reanticipación de un Yo futuro.

El Yo es *siempre* el resultado *cada vez diferente* de la unión de dos elementos: un núcleo estable, lo que he denominado un primer ensamblaje, él mismo punto de llegada del trabajo de identificación que se realizó entre T1 y T2, y otra parte del Yo, función de su encuentro con el mundo, función, entonces, de sus experiencias, de sus duelos, de sus ganancias, de sus pérdidas, y función también del identificado que le reenvía la mirada de los otros y, podríamos decir, la “mirada de las cosas”. En la perspectiva del movimiento identificatorio, T2 representa *el conjunto de los posibles* que podrá realizar el Yo en su devenir (representa entonces la potencialidad neurótica, psicótica o persecutoria). Salvo en los casos de eclosión de una psicosis infantil muy precoz, de la cual el autismo es el prototipo, *todo Yo alcanza el punto T2*, todo Yo opera una primera ligadura entre T2 y f¹. Pero a la inversa, constatamos:

- el momento de surgimiento de ese T2 puede ser diferente. La ruta puede revelarse obstruida, siendo la consecuencia que T2 aparezca demasiado tarde o demasiado temprano;
- el contenido del proyecto, la meta que se fija, la respuesta que provoca en la madre y el padre permitirán, o no:
 - la convicción de que la esperanza es permitida;
 - su necesaria dependencia;
 - y ante todo la posibilidad de que esta anticipación indefinida invista y valore todo lo que engloba el concepto de *nuevo*, de *invención*, de imprevisto.

Para concluir diría que la potencialidad se constituye temporalmente en ese punto de anclaje, en ese punto de conclusión que pone fin a la creencia en la mismidad del tiempo, en la mismidad de los objetos demandados y deseados, en la mismidad de aquello que la madre demanda (he insistido, en *La violencia de la interpretación*, en cuán destructor es un deseo de la madre que se expresaría mediante un “que nada cambie”, enunciado prototípico de esa violencia secundaria que corre el fuerte riesgo de inducir al recurso a defensas psicóticas).

Ese punto de conclusión que el Yo no puede esquivar lo obliga a representarse un devenir; si a causa de ello no pudiera pensarlo más que como el retorno del pasado, o bien ese recurso fuera a su vez excluido, frente al vacío del enunciado del proyecto, tendría que pensar ese devenir necesariamente diferente del presente

como la muerte. Voy a abrir aquí un breve paréntesis relativo al recorrido temporal de un análisis. Si se trata de un adulto, el analista encuentra un Yo llegado a un cierto punto de su trayectoria ($T2 + F_n$). Podemos suponer que si viene a vernos, es en función del conflicto que opone, por razones diversas según los casos, los dos componentes de su Yo. El objetivo del análisis será reducir su conflicto, incluso abolirlo, permitiéndole al Yo invertir un F_n que se habrá modificado. Pero el método analítico consistirá también en proponer a $T2$ que se considere a sí mismo como objeto *de devenir*. Durante el análisis proponemos a $T2$ invertir un proyecto de modificación que lo involucra: el movimiento regresivo que nosotros inducimos se apoya sobre esta paradoja: hacer invertir un tiempo pasado no modificable para modificar el tiempo futuro.

EL STATUS DE LOS ENUNCIADOS

Retomemos el mismo esquema propuesto para considerar los registros a los cuales pertenecen los enunciados. Del lado de la madre, diremos que en el tiempo $T0+T1$ esos enunciados movilizan lo que Freud definía como aportes narcisistas necesarios para la vida de “su majestad el bebé”. Pobre majestad tan dependiente del otro.

Esos enunciados formulan, expresan las demandas maternas dirigidas al Yo ausente, y de ese modo, aquello que del deseo y del inconsciente materno se ha abierto una vía en el campo de sus demandas (recuerdo lo que había dicho, es decir que la demanda es al deseo inconsciente lo que la pulsión es a la necesidad somática).

Expresan también, como dice Freud una vez más, la esperanza de realizar su propio sueño con el Yo como intermediario. En ese sentido, podemos decir que dichos enunciados no se han sometido a ninguna coacción por parte de la realidad. El sueño tiene la libertad de englobar un abanico de devenires. Los enunciados no están obligados a tener en cuenta lo verosímil, después de todo no está prohibido soñar con que su hijo se convierta en un Einstein, un presidente de la República, que su hija se case con un príncipe o un magnate del petróleo, por inverosímil que eso parezca.

Pero, inversamente, están desde el principio limitados por una

coacción que se ha operado *mucho antes* del momento en que la madre los enuncia. La represión, la interiorización de la prohibición han vuelto ya *no formulables*, han excluido ya de su discurso enunciados que habían estado perfectamente presentes y formulados por el Yo infantil de la madre. El imaginario materno, el Yo que él forja como objeto-meta anticipado y realizado, está enmarcado de manera que sus enunciados respeten la categoría de lo prohibido y la categoría de lo imposible. Es aquí donde hay que subrayar un hecho de gran importancia en cuanto a sus consecuencias clínicas. Prohibido e imposible designan claramente dos categorías *diferentes*. Más aún, dos categorías que el Yo está en la obligación de diferenciar⁷. Agrego que podemos de forma abrupta afirmar que lo imposible está referido siempre a las leyes naturales y, por ello mismo, a las leyes que rigen el funcionamiento del cuerpo. Sin embargo, en la medida en que se permanece en el registro del deseo, constatamos que en un sentido esas dos categorías se potencian y se *refuerzan una a la otra*. Daré un breve ejemplo. Sabemos, o para decirlo mejor, se supone que la madre sabe que es imposible que un niño se convierta en animal, que es imposible, cuando menos en nuestra cultura, que un niño se convierta en brujo. Desear, imaginar un Yo anticipado que se convertiría en animal, en brujo, o más generalmente, y esto equivale exactamente a lo mismo, que tendría la posibilidad de *transgredir las leyes naturales* y, por ejemplo, que tendría el poder de cambiar de sexo, o de poseer dos sexos, o de ser inmortal... nos enfrenta a enunciados cuya simple formulación revela a cada cual su dimensión “patológica”. Diré que tales enunciados muestran abiertamente su relación con un deseo:

– que niega el Yo;

– que, al anticipar un imposible, transgreden no la ley que prohíbe el incesto sino una *ley tan fundamental que prohíbe el asesinato*, asesinato de un Yo por venir que no encontrará ningún identificado como punto de anclaje, como un ya ahí de sí mismo necesario para devenir. Esa imposibilidad forma parte evidentemente de lo formulable, pero no hay que llevar muy lejos el análisis del enunciado para constatar que lo esperado, lo demandado son la puesta en palabras de una meta forjada y transportada

⁷ La prohibición se ejerce sobre lo posible, es incluso por eso que su interiorización es necesaria.

por un deseo inconsciente o, mejor, *únicamente por el deseo inconsciente*. La representación del Yo que refleja tal enunciado se muestra conforme a la representación que lo originario y lo primario *pueden hacerse de él*. ¿Será este “identificado” el que se impondrá a la organización del Yo como un injerto, como un cuerpo extraño que no podrá más que rechazar? ¿Pero para reemplazarlo por qué? Sin contar con que si, a partir de T2, el Yo puede siempre por momentos ver estremecerse su convicción de la existencia de un “después”, es necesario que ese mismo T2 venga a *garantizarle que se es porque se ha sido*. Quizá no será, pero al menos tiene la seguridad de haber sido. Pero ¿cómo podrá tener esta seguridad si está enfrentado a un pasado que anticipaba lo imposible? Y sin embargo, incluso en ese caso, ocurre que el Yo, no siempre por cierto, encuentra un desvío, sometiéndose a ese veredicto imposible pero cambiando la meta que enunciaba. Veremos de qué forma, a partir de ciertos ejemplos clínicos.

Lo que hay que subrayar es que en el registro del deseo, la transgresión de lo imposible, o, mejor dicho, la transgresión de lo posible, es la forma primera y última de la transgresión de lo prohibido. (Esta substitución de la categoría de lo imposible por la de lo prohibido se encuentra en el centro de la problemática perversa.) A excepción de esos casos, podemos definir en estos términos el status de los enunciados identificantes: los enunciados del portavoz expresan sus deseos, sus anhelos, sus sueños, para un Yo que está naturalmente *ubicado* desde el principio *en un determinado lugar del sistema de parentescos y de sus posibles*. Esta posición en el orden simbólico, en la acepción que le he dado a este término y a la cual los remito, precede a esta enunciación. Entiendo que la formulación o lo formulado del enunciado surge no en el momento en que una mujer se embaraza, en que un hombre reconoce e inviste su paternidad, sino en un tiempo precedente, *en el momento en que los sujetos, hombres o mujeres, han podido apropiarse del derecho a ejercer una función parental* en un tiempo más o menos próximo o lejano.

Miremos ahora del lado del niño, considerando siempre el tiempo T1+T2.

Esas “palabras” que lo nombran, lo acarician, que se le pide que repita (bebé, hijo querido, lindo), son para él al principio equivalentes. El las recibe como signos que lo informan del amor o el desamor que se le profesa y se le expresa. No sabe todavía que

aquella que lo llama “mi amor” no está enamorada de él, que quien le dice que su “chiquito se quedará siempre con mamá”, sabe que eso no es cierto y acepta de antemano, y debe haber aceptado de antemano, la separación futura. Sin embargo, los enunciados maternos le permiten durante un tiempo preservar una confusión de registro, o, si se prefiere, el Yo ignora el precio que deberá pagar para ocupar el lugar de hijo, de hija, para asegurarse los derechos de demanda que de allí surjan, pero también para aceptar las prohibiciones que afectarán a una parte de sus demandas.

Qué sucesos caracterizan T2:

- el après-coup de aquello que decíamos acerca de las defensas, las prohibiciones, las amenazas que afectan a algunas demandas, que excluyen algunos objetos;
- el descubrimiento de que el discurso parental y el propio discurso pueden mentir (todo lo que he escrito acerca del sentimiento de duda);
- la creencia en una serie de amenazas que habíamos oído pero cuyas posibles consecuencias habíamos ignorado.

El Yo se ve forzado a reconocer la temporalidad porque está obligado a reconocer la diferencia de los deseos, la diferencia de los objetos soporte de sus demandas, de las de los otros, la diferencia entre lo que se le dice que es y lo que se le ha dicho en un pasado cercano que él era.

Recordemos que este conjunto de experiencias, la posibilidad de interiorizar sus consecuencias y por ello mismo la interiorización de un orden simbólico, o, mejor dicho, de una posición simbólica, deben o deberían ir de la mano de la seguridad de que sus padres, que sin duda lo han engañado, le garanticen, sin embargo, la transmisión futura de un conjunto de derechos condensados en el derecho a ejercer a su vez una función parental. Es en ese momento cuando el Yo infantil va a operar una separación entre el registro imaginario y el registro simbólico (entiendo que en el campo de la identificación), va a adquirir y preservar esos “puntos de certeza” que le garanticen que su posición identificatoria no es más dependiente de *ese* padre, de *esa* madre, que encarnan en lo real una función de la cual ellos no son más que los depositarios, los transmisores.

Pero también podemos adelantar que T2 signa el momento en que el Yo infantil se ve obligado, lo quiera él o no, a descubrir y

aceptar la existencia de un *movimiento*, de una alteridad respecto de sí mismo: él, ella, ellos cambian: él era lo que ya no es, está obligado a plantearse una pregunta acerca de aquello en lo que podría convertirse. Sea cual fuere la relación que podrá o no establecer el Yo con el orden simbólico, sea cual fuere la relación de la madre con este orden, no habría Yo si ese último no tuviera coordenadas fijas, un punto de fijación sobre el cual apoyarse para operar ese inevitable movimiento de autoanticipación, de autoproyección. Podemos entonces postular que T2 signa el surgimiento en la escena psíquica de un identificado que guardará, mientras el Yo exista, un atributo de certeza. Para que el Yo preserve para sí un lugar y una función en el espacio psíquico, deberá asegurarse una *potencialidad identificatoria* que le garantice a *mínima* su atributo de existente, que le garantice que *un Yo ha existido*. Todo Yo preserva esos puntos de certeza, pero esa “certeza” podrá o no darle un lugar en el registro de lo universal, o, mejor dicho, de lo cultural. La omnipresencia de esos puntos de certeza nos es probada por su *presencia* en el registro de la psicosis: y de manera más evidente, por la posibilidad del sujeto de hacer cohabitar una potencialidad psicótica y una relación con la realidad y con los otros que aparentemente respeta la universalidad de un cierto número de leyes, de prohibiciones, de imposibles. Aparentemente, porque constatamos, en esos casos, que esta coexistencia no es posible más que en la medida en que, en la escena *de la realidad*, otro Yo continúa encarnando para el sujeto los representantes de una ley que le garantiza la identidad entre sus puntos de certeza recíprocos. Así podríamos decir que en estos casos un sujeto singular se hace, exige o acepta ser el representante metonímico de la totalidad de los sujetos.

RESUMEN

El Yo, escribe Piera Aulagnier, es el resultado, cada vez diferente, de la conjunción entre un elemento estable, constituido por el trabajo de identificación que ha realizado en una fase precedente, y un elemento impredecible en la medida en que depende de la conjunción del encuentro de ese Yo con el mundo, experiencias de duelos, de ganancias y

pérdidas, y, más generalmente, encuentro con las miradas de los otros, incluso la “mirada de las cosas” que lo identifican.

En este seminario, dictado en Saint-Anne en 1983 y del cual la autora ha retomado los principales elementos en *L'apprenti-historien et le maître sorcier (El aprendiz de historiador y el maestro-brujo)*, encontraremos una exposición detallada y rigurosa de las nociones que componen su teoría del Yo en su origen y su devenir.

Prolongando las nociones precedentemente desarrolladas, especialmente en *La violencia de la interpretación*, abriendo una reflexión sobre la temporalidad, la potencialidad, la diferencia entre lo prohibido y lo imposible, este texto inédito ofrece una preciosa imagen de la profundidad metapsicológica del pensamiento de Piera Aulagnier.

SUMMARY

The I, Piera Aulagnier tells us, is the result of the conjunction, and this conjunction is different each time it takes place, of a fixed element, built up by the process of identification that I has accomplished during an earlier stage of its development, and an unpredictable element, unpredictable since it depends on the meeting of that I with the outside world, with experiences of bereavement, loss or gain, and, more widely, interactions with the viewpoints of others or even of “things” which identify it.

In this talk, given at Sainte-Anne in 1983 and which forms the basis of the author's book *L'apprenti-historien et le maître sorcier (The Apprentice Historian and the Master Sorcerer)*, we are presented with a detailed and rigorously argued demonstration of the notions which constitute the author's theory of the I, in the fullness of its origins and its evolution.

Drawing on and developing these ideas, especially in *La violence de l'interprétation (The Violence of Interpretation)*, which addresses such issues as temporality, potentiality or the difference between the forbidden and the impossible, this text, hitherto unpublished, gives us a precious example of the richness of Piera Aulagnier's metapsychological thinking.

RESUME

Le Je, écrit Piera Aulagnier, est le résultat, à chaque fois différent, de la jonction entre un élément stable, constitué par le travail

d'identification qu'il a accompli dans une phase précédente, et un élément imprédictible parce que jonction de la rencontre de ce Je avec le monde, expériences de deuils, de gains et de pertes et plus généralement rencontre avec le regard des autres, voire le "regard des choses" qui l'identifient.

Dans ce séminaire, prononcé à Sainte-Anne en 1983 et dont l'auteur a repris les principaux éléments dans *L'apprenti-historien et le maître-sorcier*, on retrouvera un exposé détaillé et rigoureux des notions qui composent sa théorie du Je dans son origine et son devenir.

Prolongeant les acquis précédemment développés, notamment dans *La violence de l'interprétation*, ouvrant sur une réflexion sur la temporalité, la potentialité, la différence entre l'interdit et l'impossible, ce texte inédit offre une précieuse image de la profondeur métapsychologique de la pensée de Piera Aulagnier.

Traducido por Marina Calabrese.

Descriptores: Conflicto. Identificación. Prohibición Violencia primaria. Yo.